



## Nicómedes Sanz y Ruiz de la Peña (1905-1998)

Nicómedes Sanz y Ruiz de la Peña es un escritor de ideología fascista, cuya obra no ha sido especialmente estudiada ni reeditada por parte de la crítica. En sus versos se muestra un interés por la historia, los personajes y los paisajes castellanos, desde una óptica regionalista, que dialogan con sus estudios históricos como *Doña Juana I de Castilla. La reina que enloqueció de amor* (Ediciones Luz, 1939) o, entre otros, *Doña Juana I en Tordesillas* (1948). Hemos antologado aquí dos poemas de sus descatalogados y casi inencontrables *Romances de guerra y amor* (1937; segunda edición ampliada de 1939) y *Romancero de la reconquista* (1937), que resumen y recogen, para Rodríguez Puértolas (2008: 229), buena parte de la ideología literaria de falange, al volver la vista al pasado imperial, recuperando, por ejemplo, la figura del Cid (como sucede en el recopilado «El Cid en Cardeña», *Romances de guerra y amor*), y mostrando a Castilla como núcleo de lo español (tal y como puede apreciarse en «Castilla la bien templada», de *Romancero de la reconquista*).

### El Cid en Cardeña<sup>185</sup>

El Cid y sus caballeros  
hincan la rodilla en tierra,  
mientras los monjes, con cirios  
encendidos, les rodean,  
clavando en la madrugada  
dos filas de luces trémulas,  
que se estiran para ver  
al que en buen hora naciera  
y en mejor, ciñera espada  
para conquistar con ella  
gloria tan alta, que nadie  
en Castilla lo supera.

185. En el Monasterio de San Pedro de Cardeña deja el Cid a Doña Jimena y a sus hijas, Elvira y Sol, cuando tiene que marchar al destierro. Los episodios de El Cid en Cardeña habían sido ya materia poética en el romancero cidiano y también fueron recuperados por Fernando Allué Morer en algunos poemas aquí citados de su libro *El Cid en Cardeña y otros poemas*, de 1923.

Entre los brazos del Cid  
solloza doña Jimena:  
alegre, porque le tiene;  
triste, porque le destierran.  
El Cid eleva a sus hijas  
hasta el corazón. Las besa  
al par que barba adelante  
dos lagrimones le ruedan,  
que oculta la tierra madre  
para que nadie los vea.  
Un segundo de congoja  
hace temblar su entereza  
y pasan, como fantasmas,  
ante él, todas las escenas  
de su vida. Grandes son  
los servicios que ficiera  
a los reyes, sus señores,  
en la paz como en la guerra,  
siempre ensillado el caballo  
y la lanza bien dispuesta  
a servir a la justicia  
y a la razón. ¡Y son estas  
las mercedes que recibe  
por pago a tanta nobleza!  
¡Poco honor tiene en su abono  
mano que castiga a ciegas!  
Pensando estas malandanzas  
se avecinan buenas nuevas;  
ya con Martín Antolínez<sup>186</sup>  
más castellanos se acercan,  
al trote de sus bridones,  
a San Pedro de Cardeña  
y le rinden vasallaje  
de buen amor, y acrecientan  
las mesnadas. Solo faltan  
tres días para que sea  
cumplido el plazo de nueve,

186. Martín Antolínez es un ilustre burgalés, miembro de la tropa del Cid que en el *Cantar* protagoniza el engaño del cofre.

que el rey Alfonso pusiera  
para que, con sus leales,  
Ruy Díaz deje su tierra.  
No es tiempo de descansar  
y el Cid a partir se apresta;  
reúne a todos sus hombres  
y habla de esta manera:  
«Ensilad vuestros caballos  
tan pronto como amanezca.  
El Abad dirá la misa  
y, luego que dicha sea,  
habremos de cabalgar  
sin dilación. Aún nos queda  
mucho terreno delante  
y el fin del plazo se acerca».  
Hay un silencio solemne  
en torno al Cid. Se dijera  
que todos los castellanos  
se han vuelto estatuas de piedra  
para escucharle. Ni el aire  
osa moverse siquiera.  
Tras de bendecir a todos  
el buen caudillo se aleja  
y, tras él, con paso tardo  
la mesnada se disgrega.  
Luego cae sobre la noche  
un hálito de epopeya.  
Mientras duermen los guerreros  
un ángel sonoro vela  
y va ungiendo con su espada  
a la grey. ¡Qué Dios proteja  
a los que por ganar honra,  
de sus lares se destierran!

¡Segundo canto del gallo!  
La mañana se impacienta  
y caballos y guerreros  
juegan a reñir con ella,  
prestándole sus herrajes

para que se los encienda  
de lucecillas huidas  
y de caireles y grecas,  
enluciendo las espadas  
y limpiando las espuelas  
hasta que se las confundan  
con oro de buena copa.  
Al ruido de las pisadas  
las campanas se despiertan  
con premura de maitines,  
y corren, saltan y vuelan  
para acompañar a todos  
a las puertas de la iglesia.  
Y cuando dejan al último,  
su gozo se manifiesta  
en un silencio afanoso  
de hormigas y de colmenas  
que tejen en la mañana  
oro fino y plata vieja,  
para que tomen color  
de romería, las piedras.  
En las gradas del altar  
solloza, doña Jimena,  
pidiendo a Dios que acreciente  
del Cid la fama y grandeza  
para que torne a Castilla  
más honrado, si pudiera  
caber más honra en el mundo  
que la que consigo lleva.

Siendo la misa finada  
todos salen de la iglesia.  
Delante el Abad don Sancho<sup>187</sup>,  
el Cid y doña Jimena;  
detrás sus herreros y monjes  
con sus armas y sus velas,  
formando apretado haz  
entre el pórtico y la puerta.

---

187. El abad don Sancho, de San Pedro de Cardeña, es quien queda encargado, según el *Cantar de mio Cid*, de la protección de Doña Jimena y de las hijas del Cid en el monasterio.

Los cascos de los corceles  
sobre las losas golpean,  
y todos los caballeros  
el grito de ¡en marcha! esperan.  
El Cid torna a su mujer  
y llora abrazado a ella.  
¡Las lágrimas que allí vierte,  
por hombre, no le avergüenzan!  
¡Y es harto dolor el suyo  
para que no las vertiera!  
Forman apretado grupo,  
que a cada punto se estrecha,  
dola Elvira, dola Sol,  
el Cid y doña Ximena.  
¡Es gloria verlos así,  
y separarlos es fuerza!  
Bendice el Abad don Sancho  
a toda la grey guerrera,  
y el campeador cabalga,  
bien calzadas las espuelas,  
resistiéndose a partir  
dejando allí lo que deja.  
Minaya Alvar Fáñez grita  
su bien fundada impaciencia,  
y, en un arranque supremo,  
el Cid afloja la rienda  
y salen a buen galope  
todos, detrás de Babioca.  
Estira el aire caliente  
los pendones y banderas  
y se oculta el Monasterio  
de San Pedro de Cardeña  
tras de la nube de polvo  
que harinan en su carrera.

Lo que les es más querido  
y más grato, atrás se queda.

Después de marchar tres días  
descansan en Figueruela  
y cuando todos al sueño  
se rinden, muy suave, llega  
el Arcángel San Gabriel  
hasta el buen Cid, y le muestra  
iluminado de gloria  
su camino. Después besa  
su frente, y en un milagro  
de alas batientes se aleja...  
Al filo de la mañana,  
gozoso, el Cid se despierta,  
y más seguro que nunca  
alza su voz. Solo queda  
un día para cruzar  
la línea de la frontera.  
¡Aún son campos de Castilla  
en los que clavan su huella!  
Duermen en Sierra de Miedes.  
¡Última noche en su tierra!  
Delante templan su orgullo  
las firmes torres de Atienza,  
donde se agitan al viento  
medias lunas y banderas.

Antes de que nazca el día  
están las huestes dispuestas  
y en el reino de Toledo  
trescientas lanzas se adentran...  
¡Ya tiene el rey don Alfonso  
cumplida la orden que diera!  
Todo lo que les es grato  
en Castilla, atrás se queda.  
Delante tierra de moros  
y lanzas que los esperan  
para medir férreos bríos  
en crudas lides de guerra.

(*Romancero de la reconquista*, 1937;  
extraído de *Romancero del Cid*, edición de Luis Guarner, 1954, pp. 457-460)

## Castilla la bien templada

Por el cielo de Castilla  
ruedan vientos de epopeya.  
Ásperas voces se fingen  
clarines, y se despiertan  
auras de gloria, en el nuevo  
aliento de la pelea:  
Rosarios de paladines  
surgen, y, como centellas,  
blanden el aire y encienden  
ráfagas altas y nuevas,  
y el espíritu se opone,  
audaz, frente a la materia.  
Pinos y mieses ondulan,  
ondulan y juegan.  
En el solar de Castilla  
ha dado fruto la tierra,  
fruto de pan y de lucha,  
ansia de imperio. Se anhelan  
la tierra resquebrajada  
de sol, y la sangre fresca.  
Por el tiempo, hecho milagro,  
altos airones campean  
y baten los atambores  
duros compases de guerra.  
Maravilla de esta hora,  
en que Castilla se encuentra  
a sí misma, y se florece  
de tibias rosas bermejas.  
¡La Castilla del romance  
ha renovado su gesta!  
Porque era su sangre pródiga  
la derrama, y no le pesa.  
Con sangre se amasa el mundo  
y con sangre se cimenta  
su ejecutoria de lucha;  
sangre en la enseña bermeja  
que clavara Mío Cid

en las torres de Valencia  
y ríos de sangre joven  
en la Reconquista esta...  
La redención del pecado  
vale mucho y mucho cuesta.  
En el facer hidalguía  
es Castilla la primera.  
Las cumbres de Guadarrama  
se están mirando, y se acechan  
furores encadenados,  
que derivan en tormenta  
de acero, donde los nervios  
agitan fustas inmensas.  
Ya está iniciada la hazaña  
que toma altura de hoguera.  
La dio Castilla el impulso  
y no habrá quien retroceda,  
que antes que la propia vida  
es mantener con firmeza  
la gloria. Toda Castilla  
se levanta en pie de guerra  
y al viento en ascua de julio  
se desdoblán sus banderas,  
que fueron antes, y ahora,  
invencible fortaleza.  
Por el aire vuelan potros  
que ululan y serpentean.  
Caminos desconocidos  
se abren, sobre las cabezas,  
y, entre ríos de metralla,  
se funden hombres y tierra.  
Castilla se va templando  
en el troquel de la guerra,  
de la que surgirá España  
como ayer, una, y señora  
del mundo. ¡Canta el verano  
su fuego, cabe la sierra,  
y, por los llanos tendidos,  
toda Castilla se ofrenda,



hecha vivero de héroes,  
encumbrada de leyenda!  
¡Sangre de los paladines  
fingiendo rosas inmensas!  
¡Castilla la bien templada  
ha vuelto a ser la que era!...  
Al contacto de la lucha  
se magnifica y se eleva:  
cuantos más héroes se gastan  
más y más van a la brecha.  
Labriegos vienen y van,  
labriegos siembran y siembran...  
Llevan en los ojos fiebre  
de lucha, y las bayonetas  
floreced en los fusiles  
con limpio brillo de reja,  
y van haciendo a su paso  
otra nueva sementera.  
¡Esta vez será en España  
ubérrima la cosecha!  
Castilla la bien templada  
siembra con la mano abierta,  
lanzando su bendición  
de gloria a izquierda y derecha.  
¡Qué al redoble de su paso  
se rinda toda la tierra:  
Castilla la bien templada  
ha vuelto a ser la que era!...

*(Romances de Guerra y Amor, 1937; extraído de Poesía de la Guerra Civil española 1936-1939, ed. de César de Vicente Hernando, 1994, pp. 130-132)*